



SUPLEMENTO AL NÚM. 59

# SEMANA SANTA



LAS SANTAS MUJERES JUNTO AL SEPULCRO, cuadro de Arpad Feszty  
(Exposición Internacional de Munich, 1890)



«CRUCIFICACION», cuadro de Carlos Verlat

## Á TRAVES DEL TIEMPO

¡Triste día, el Jueves Santo!

Siempre que llega, todas las escenas de la gran tragedia de la Pasión se agolpan á mi mente y me siento invadido por inmensa tristeza.

¡Día de recuerdos! ¡Cuántos acuden hoy á la memoria y qué extraña sensación de olvidada tristeza producen en el espíritu!

¡Cuánto satisface, en el aniversario del gran sacrificio, abandonar por un momento la sociedad actual, desgarrar el velo que mil ochocientos años han tendido entre aquella edad lejana y la nuestra; llamar con esa memoria de la imaginación que presta tanto y tan melancólico encanto á las cosas pasadas, los recuerdos de cosas que fueron, mucho tiempo há; transportarnos á esos días de luto y horror que los siglos han alejado tanto sin borrarlos; evocar la generación hace tantos años desaparecida de la tierra, que vió é hizo aquello en un día que parece inmenso; reconstruir el teatro de aquel gran drama y asistir de cerca á él.

\*\*

Cristo iba á ser juzgado.

La multitud revuelta, agitada, febril, preparaba la muerte del justo, y en el día de *Parásceve* debía empezar por el Pretorio la jornada de sangre que terminó en el Gólgota.

Rostros extraños de perfil enérgico, voces de un idioma que ya no se escucha, vestiduras hoy desconocidas, atributos olvidados, todo lo que los años cubrieron ya con su inmenso manto de polvo, se arremolina, hierva en las calles de Jerusalem.

La ciudad triste bulle con todos aquellos hombres que el odio arrastra; los fariseos de variadas túnicas; los orgullosos escribas de largos cabellos; de pronto una barba blanca y larga que pasa: un príncipe de los sacerdotes; todos irritados, todos; los ancianos del pueblo, relampagueando su mirada penetrante tras las cejas pobladas y largas, palpitantes las alas de su nariz aguileña, enérgicamente pronunciada; el populacho gesticulando, gritando, elevados los puños en señal de amenaza, jirando en desorden alrededor de aquel sitio que sirve de centro y punto de mira á sus maldiciones.

Allí un hombre tranquilo, de largos cabellos rubios, de mirada serena como el cielo, maniatado, golpeado el rostro pálido, mira al espacio. Es Jesús.

Aquella dulzura, aquella serenidad inmensa opuesta por un hombre solo á la tempestad de gritos y amenazas de mil, irrita al pueblo.

Algunas voces de rabia se escuchan dominando el clamor.

—Sea juzgado, sea juzgado ese por Pilato! ¡Caifás lo ha dicho!

Entre grandes voces y ademanes de ira, le empujan golpeándole, le hostigan, le acosan en su desordenada marcha hácia el Pretorio.

A las voces del pueblo enceguecido, furioso, que pide la muerte del Cristo, Pilato abre su tribunal.

La cabeza numismática, de rasgos rectos enérgicamente acentuados; la boca desdeñosa, de labios delgados; los ojos serenos, la mirada fría y dura; el pelo corto; la nariz severa, el rostro pálido.

Tal es Pilato.

A sus lados dos líctores sostienen los haces.

Abajo los soldados detienen con las lanzas la multitud que ondea y se encrespa como mar tempestuoso.

Frente al Gobernador Jesús espera.

Pálido, sereno, esparciendo siempre en el espacio la mirada inmensa de sus ojos celestes, apenas rizada por el aura su gran cabellera rubia, respirando el rostro infinita tolerancia y dulzura; sin manifestar en él temor ni arrogancia, así estaba Jesús en aquella tarde del gran juicio.

Tenía estendida sobre la cara, delgada, de contornos suaves, tan bien terminada por su rizada barba de oro abierta en dos, cierta claridad extraña, claridad interior, como un reflejo del alma sobre el rostro.

Pilato fijó en aquella dulce figura cubierta por la túnica blanca que le pusiera Herodes, su mirada dura y pensativa. Jesús permanecía inmóvil, atadas las manos con brutal violencia, los pies desnudos sobre las losas.

La gritería del populacho se acalló un momento, esperando la voz del Procónsul, recorrido por un murmullo amenazador.

—¿Eres tú, Jesús, á quien llaman el Cristo? preguntó por fin.

—Yo soy ese que dices, dijo Jesús con sencillez.

—Bien ves que te acusan. ¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús levantó hácia él sus bellos ojos y respondió con voz suave pero segura:

—Tú lo has dicho; yo soy.

Apenas escuchado esto, redoblan de un modo terrible los clamores de la multitud y mil brazos se elevan al cielo, con los puños cerrados.

—¡Bien lo ves! empiezan á gritar los fariseos:

¡Es reo de muerte! ¡Es reo de muerte!

—Ya lo has oído! claman los escribas con raconcentrado odio ¿Qué esperas? ¡No eres pues, amigo de Cesar!

Y todos.

—¡Crucifícale, crucifícale, crucifícale!!

Jerusalem, la silenciosa Jerusalem, pálida, dormida en el vasallaje, retiembla toda al eco de aquellas voces de muerte, durante largo rato.

Pilato, más pálido aún, los fríos y desdeñosos labios apretados dice entonces con voz insegura.

—¿No oyes cuántos testimonios se levantan contra tí?

Jesús guarda silencio.

Con la voz vacilante el gobernador se vuelve al pueblo.

—Yo no encuentro que este hombre sea culpable dice.

—¡Crucifícale! clama ebria de odio la muchedumbre.

El romano vacila; el gran momento previsto por la clarividencia profética ha llegado,

—Bien veis que no es eso justo. No hallo en este hombre pecado.

—¡Crucifícale, crucifícale! se escucha por todas partes.

La escena del Pretorio se inunda de horror. Pilato hace la última tentativa en favor de su conciencia.

—Perdón he de otorgar á uno hoy. Elejíd. ¿Queréis á Cristo ó á Barrabás?

Un rujido inmenso llevó á las alturas del espacio el nombre del ladrón.

—¿Qué queréis, pues, que haga de Jesús llamado el Cristo? pregunta entonces Poncio con voz trémula, buscando un cómplice en la canalla.

Y el populacho, furioso, frenético responde con un clamor inmenso, el último rujido de la Jerusalem condenada.

—¡Crucifícale, crucifícale, crucifícale!

El Juez cobarde y el Justo se miran por última vez, en aquella memorable tarde del día de *Parásceve*.

El romano baja por fin la mirada que ha visto al Justo, y se lava las manos que lo condenan, diciendo:

—Inocente soy yo de la sangre de este justo; hacéd lo que queráis.

Un rujido de feroz alegría que poco va transformándose en infernal vocerío, estridente horrible, sale del seno de la multitud.

—Dánosle ¡Sobre nosotros y sobre nuestros hijos caiga su sangre! —

¡Cuán desfigurado sale Jesús del Pretorio!

Los cabellos, los rubios cabellos ahora negros caen en desorden sobre los ojos y se pegan á las sienes con el sudor y la sangre que resbala por el rostro hasta desaparecer entre la barba que aglutina al cuajarse; tiene toda la cara cubierta de manchas azuladas, horribles, que los bofetones han marcado, y el polvo adherido á la piel por la saliva y el sudor y la sangre le cubren de tal modo que apenas su mirada, la mirada inmensa de sus ojos color cielo, que lo ilumina, permite reconocerlo; toda aquella noche



de dolor, de beta, de escarnio, no ha alterado su sublime expresión de resignado; la boca entreabierta, con los pálidos labios contraídos y secos, deja escapar un ronquido horrible; pero aquellos ojos puros, profundos como el espacio, aunque rodeados de un círculo cárdeno conservan aún la expresión de dulce serenidad, de tranquila esperanza que mostrara en el tribunal de Pilato.

Ahora una túnica grana cubre su cuerpo y cae hasta los piés, negros ya en las partes que las piedras del camino no han desollado.

La turba alborotada le sigue y rodea, innoble en su afán de afrentarle, bullente, desenfrenada, golpeándole cobardemente; ya tres veces ha caído, rendido, jadeante y otras tantas los golpes y empujones le han levantado.

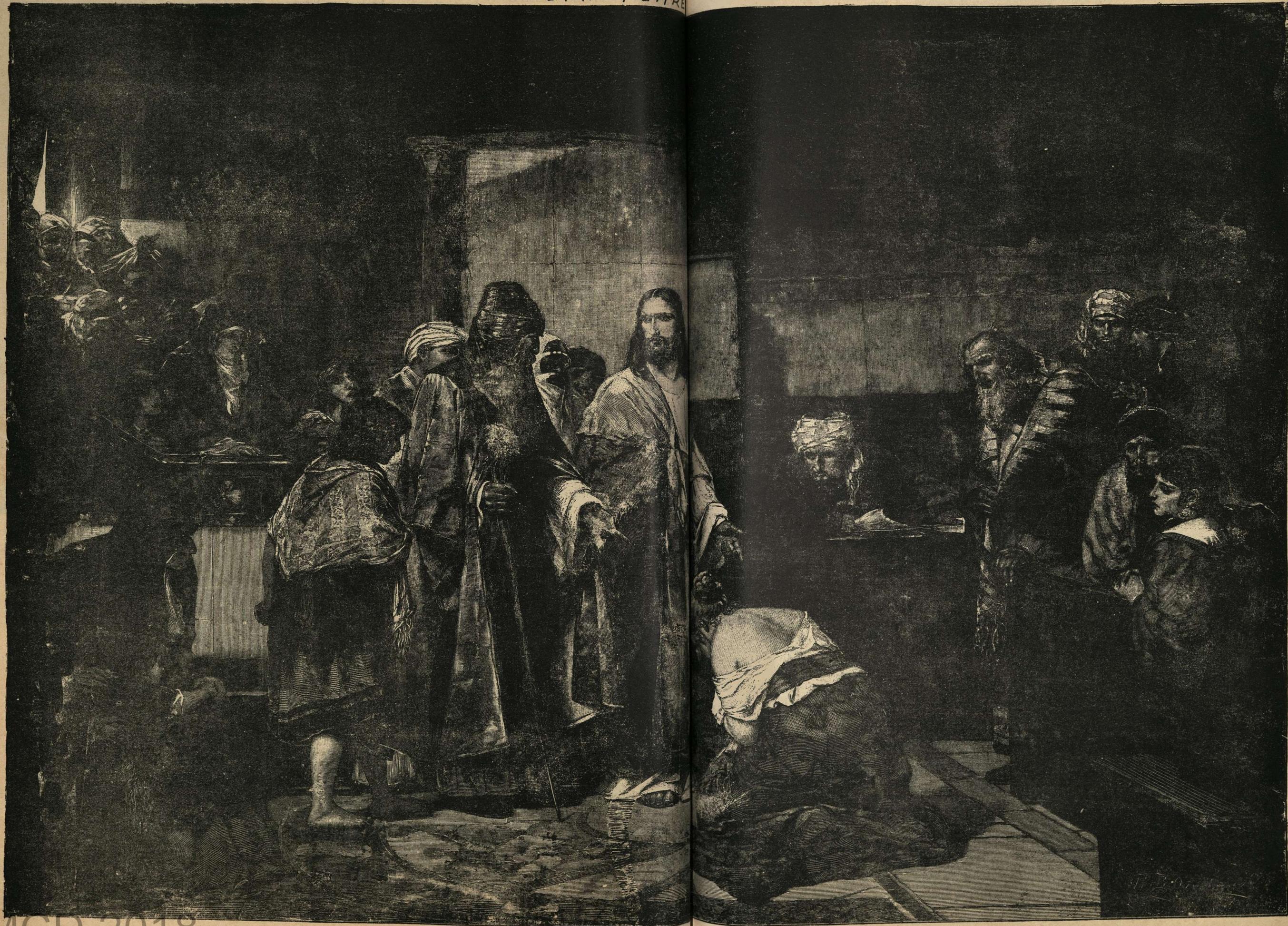
Jesús callaba siempre marchando á la muerte. Grandes gritos anunciaron la llegada al Calvario cuyas rocas áridas matizó de manchas brillantes la multitud al esparcirse en el siniestro lugar.

Los colores derramándose con las vestiduras de los grupos le salpicaron todo; se le tomara por un lugar de fiesta.

Allá en el valle, Jerusalem rodeada de sus viejas rocas sombrías de amarillentas cumbres, esperaba la noche, adormecida, más pálidas aún sus casas cuadradas como dados, frías, como un montón de losas arrojadas sobre el suelo pedregoso y estéril.

En tanto que la ciudad triste, abandonada, silenciosa, dormitaba lejos, el Gólgota bullía con la ajitada multitud.

Los ancianos del pueblo platicaban en un grupo á la izquierda, acompañando la palabra con ademán grave y gesto severo.



JESUCRISTO Y LA ADULTERA CUADRO DE O. WOLF

—Justo es que muera pues faltó á la ley de Moises. Condenado es por Jeovah—decían.

—Sí, el rabí merece la muerte, pues trató de cambiar nuestra santa ley. En verdad os digo que era necesaria su muerte; pecó contra el Señor.

En otro grupo, más grande, más bullicioso, los fariseos esperando el suplicio, vociferaban:

—Ese á quien llaman el Justo, debe mostrar ahora su poder. Mas no será así, en verdad.

—Pues pecó contra el Señor y contra César, muera cual lo merece.

—El sublevó al pueblo; él quiso destruir la Sinagoga, bien merece la muerte; justo ha sido Pilato.

De pronto la multitud se concentra; un movimiento febril la arrastra.

Todos corren á un lugar, apiñándose allí, estrujándose, magullándose, para ver mejor lo que en el centro del grupo ocurre; empujándose sobre las puntas de los pies los más alejados, para aperebir algo.

Entonces se sintió el siniestro resonar de los martillazos y un crujido horrible; silencio inmenso reinó por un momento en aquel monte tan lleno de jente, hasta que lo interrumpió el desbande del gran grupo del que salían muchas voces diciendo:

—Ya está, ya está. Ya le han clavado!

En efecto; ya está hecho. A poco se vé elevarse una cruz de la que pende el cuerpo de Jesús, completamente desnudo. Se bambolea hácia un lado y otro y cae luego con ruido seco en el hoyo abierto de antemano. Todo el cuerpo del mártir se estremece con el rudo golpe; está cubierto de moretones, de llagas, de desolladuras, de heridas; manchado de lodo.

La sangre brotando de las manos y pies horadados corría por el cuerpo hasta el madero deslizándose á tierra. Era horrible.

A los costados de esta, otras dos cruces se levantaron; los ladrones iban á acompañar la agonía del justo.

La muchedumbre saludó con un gran clamoreo la elevación de las cruces y formó círculo ante ellas, gozando con la agonía de Jesús, arrojando al cielo burlas, horribles chistes, imprecaciones, blasfemias. Algunos conversaban sentados el suelo.

La hora sexta iba á llegar.

Camino de Jerusalén se ve ondular una larga columna que de cuando en cuando refleja en puntos brillantes los rayos del sol; son los soldados romanos que vuelven á la ciudad dirigiendo aún coléricas miradas al Calvario.

Jesús que ha callado largo rato levanta á la sazón la cabeza en cuyo rostro se ve retratado el dolor más terrible y la resignación más sublime, exclamando con voz fuerte:

—*Eli, Eli! ¿lamma sabacthani?*

Y vuelve á inclinarla sobre el pecho.

Las imprecaciones y burlas de la multitud redoblan y redoblan los dichos soeces.

Jesús calla siempre.

Finalmente, al comenzar la hora nona se extiende su cuerpo en una convulsión suprema y elevando sus hermosos ojos al cielo que está ya casi cubierto de nubes sombrías, lanza un grito terrible, penetrante:

—*Consumatum est!*

Dicho esto se aflojan sus miembros y cae bruscamente su cabeza sobre el pecho.

Cristo ha espirado.

Entonces sobreviene aquel momento de terror semejante al pánico que se produce en una batalla.

El aspecto de la tierra es horrible. El cielo, completamente negro surcado por cárdenos relámpagos. Todo el paisaje se torna tétrico, sombrío, mientras la tierra se estremece con poderosa violencia; el viento chasquea estridentemente agitando los cabellos y vestidos de aquellas gentes que en medio del desorden de la naturaleza, se miran aterradas á la luz de los relámpagos, mostrando el semblante pálido, estraviada la mirada, desgreñados los cabellos, exclamando con sorda voz:

—¡Verdaderamente, era este hombre el hijo de Dios!

Imposible sería concebir cuadro más pavoroso que el que presentaba aquella multitud ater-

rada bajando en silencio la ladera del Calvario en medio de la tempestad, y repitiendo en voz baja:

—¡Verdaderamente era este hombre el hijo de Dios!

Y allá, sumido en trístisima noche, deja el Gólgota ver en su cima, recortadas sobre el fondo luminoso que forman los relámpagos, los contornos de tres cruces rodeadas de sombra.

Diez y nueve siglos hace que esto pasó, allá, en un lugar de la Judea.

En este tiempo se han levantado otras naciones, grandes pueblos, imperios, leyes, doctrinas, religiones; muchas de ellas han desaparecido, se han transformado y confundido, en las grandes evoluciones de la Historia; pero dos cosas han seguido de pie, á través de los siglos.

La raza deicida, sigue y seguirá errante, fugitiva maldita, sin hogar, sin pátria; y una religión que la sangre consagró en el Gólgota, subsiste y rije hoy la marcha de los pueblos.

En las sonoras naves del templo se eleva ya solemne la voz de los sacerdotes recordando la sublime epopeya del Cristianismo; tiempo es de acudir á exclamar ante la imágen del Salvador; ¡Perdón, Señor, perdón!

ARTURO A. GIMENEZ.

## MEMENTO

Iba á morir un mundo.

En el gran reloj de la Historia acababa de sonar una hora, una hora de esas que resuenan después eternamente en el tiempo, porque marcaron el fin de una época.

Había un imperio en la tierra, grande, inmenso, que había posado su planta sobre todos los pueblos; que había empapado de victoria sus banderas en la ardiente Africa, en la hermosa Galia, en la brava Iberia, y en la fría Germania.

Sus soldados eran invencibles y do quiera les condujera su ambición, habían traído encadenado un pueblo. Escipión les había cargado de gloria y fortuna en Zama; César les había hecho dueños de las Galias; Octavio señores del mundo. En todo él se había sentido el estrépito de sus armas y su canto de victoria.

El mundo agobiado gemía á sus pies.

Tiempo, mucho tiempo hacía que la paz reinaba en la tierra, arrullando el descanso del romano fatigado de tanta gloria y poder tanto.

En medio de este gran silencio de la Historia, nació en Bethlem un niño de ojos celestes y rubios cabellos.

Esta débil criatura iba á ser el vencedor de aquellos vencedores de tantos siglos.

Su nacimiento conmovió el mundo. Nació en un pesebre y á él vinieron á adorarle reyes; era un infante inerme y contra él se estrellaron las perfidias y las armas de su rey; era pequeño é hizo temblar á los muy grandes; tenía como unicas armas su mirada y su voz, y ellas abatieron para siempre las armas bañadas de gloria de los dueños del mundo.

Su prédica de paz, de concordia, de moral, de amor, le condenó, levantando la ira de la discordia, del odio, de la envidia contra él.

Le maniataron, le azotaron; le coronaron de espinas, dándole una caña por cetro, y le encarnecieron sin que él tuviese una sola palabra de odio, ni aún de queja.

Aquella corona de espinas iba á apagar para siempre el brillo de las deslumbrantes coronas de oro y pedrería de los soberanos de la tierra; aquel cetro de caña iba á quebrar desde entonces los grandes cetros áureos de la tiranía.

Un Juez cobarde le condenó al suplicio. El populacho le arrastró á él, feroz en su demencia de sangre. Y él siguió,—silencioso siempre, sublime en su paciencia, castigando á aquella multitud cruel, solo con su dulzura,—poraquella calle de le Amargura, nueva *via Malvada* teatro de otro gran parricidio.

A la puerta de su casa Ashavero trabajaba.

—Dame un poco de agua, te lo pido, dijo el

condenado, cubierto de polvo y sangre el rostro.

—¡Anda, anda! contestó con voz ruda el judío.

Aquel que iba á morir le miró un instante con la gran mirada dulce de sus ojos azules, y nada más.

El otro abandonó su casa y echó á andar.

La multitud arremolinándose empujó al condenado hacia adelante.

Al caer la tarde, la tarde más grande de la historia, entre la sombra lúgubre del monte-caldaiso, espiró aquel, que era Jesús.

Y cuando la tierra se cubrió de horribles tinieblas, cuando el pavor invadió todos los corazones viendo aquel cielo negro que presenciaba el gran estremecimiento de horror de la tierra en la hora del delito inmenso, todos tembloroso el labio, pálido el rostro, insegura la mirada, exclamaron en voz baja, esa frase que llevó la tarde á todo el mundo.

—Verdaderamente; era este el hijo de Dios!

Y la raza deicida, como Ashavero, oyendo aquella voz ruda que le decía siempre, ¡anda, anda! echó á andar y siguió andando y no se detendrá ya más.

Desde entonces, desde que aquel hombre que tanto sufrió en silencio, espirara en el Gólgota, todo ha caído ante su doctrina y cuantas veces los soberbios del mundo, los grandes de corona de pedrería y áureo cetro le han desconocido, han sentido en su alma el estremecimiento del remordimiento, é inclinándose ante el deliratorio cetro de caña y la corona de espinas, han exclamado como los que lo vieron morir, en la gran tarde lúgubre del Calvario:

—Verdaderamente, verdaderamente: Era este el hijo de Dios!

## NUESTROS GRABADOS

¡Crucifícale!

CUADRO DE CÁRLOS VERLAT

No hay para qué narrar la escena representada en el cuadro que reproducimos. ¿Quién no lo conoce?

Por lo que hace á su ejecución, cuanto en alabanza de él dijéramos sería poco: la idea en que está inspirado no puede ser más grande, como ejemplo que es de los crímenes y de las injusticias á que puede conducir el fanatismo guiado por pasiones egoístas; el contraste entre el ladrón el asesino llevado en triunfo, y el Justo, el Dios, escarnecido, insultado y condenado á muerte por la iracunda multitud, es tan vigoroso como elocuente.

Eloi, Eloi....

ESCULTURA DE TOMÁS CARDONA

La obra que reproducimos y en la que se advierte tanta valentía en la composición como en el vigor del modelado, es una combinación felicísima del realismo que tan bien se aviene con la escultura y del idealismo que nunca sienta mal en las bellas artes y cabe calificar de condición primordial en asuntos como el que ha tratado el artista.

La doble naturaleza de Cristo, revélase clara y elocuentemente en la escultura de Cardona, que además refleja con extraordinaria verdad los sentimientos del crucificado que al exclamar puesto en el divino leño y á punto de dar el postrer suspiro: *Eloi, Eloi, lamma sabacthani*; ¡Dios, mió, Dios mió! ¿Por qué me has abandonado?

Llegada al Calvario

Admiración tan profunda como justa mereció á su aparición este lienzo, en el cual su autor trata la llegada de Jesús al Calvario con una grandeza y talento de primer orden. El gran número de figuras que entran en la composición no embarazaron poco ni mucho al artista; antes bien le sirvieron para dar una prueba de cuan bien pueden distribuirse muchos personajes sin producir confusión y como puede tratarse á cada uno de ellos con visible maestría y singular cariño.



LLEGADA AL CALVARIO, cuadro de José Echena premiado en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1884



«CHRISTUS CONSOLATOR,» cuadro de E. Zimmermann.